

Contra el sentido común.

["Las Noticias", Barcelona, 5 febrero 1900].

DE COLABORACION

Contra el sentido común

Cuando empezó á hablarse de ese lio del siglo, de si estamos en el XX ya ó no entramos en él hasta el año de 1901, no hice caso alguno de la cuestión. Parecíame una futilidad en el fondo, y una cosa clara. Pero oí decir un día que era cuestión de sentido común, y al oír mentar á este sentido dí un respingo. Me enteré entonces del asunto, y vi, en efecto, que ni era de sentido común ni puede resolverse por cuentas de cocinera una cuestión de historia. Porque si al año en que se supone nació Cristo se le ha llamado año de gracia (y no año cero), al siguiente año 1 *después* de Cristo (después del año de gracia ó de Cristo), al otro año 2 *después* de Cristo, y así sucesivamente hasta completarse la centena, al acabar el año 99 *después* de Cristo, claro es que las cuentas de cocinera nada tienen aquí que hacer.

Claro está que el asunto es baladí y no han faltado quienes se hayan mostrado escandalizados de que hayan dado tanto que hablar y escribir; pero creo que no hay asunto alguno baladí si se le toma por donde debe tomársele. A mi me importa muy poco que estemos todavía en el siglo XIX ó que hayamos entrado ya en el XX, y repito que si eché mi cuarto á espadas, fué al oír hablar de sentido común. Porque no puedo resistirle al sentido común, siempre empeñado en meterse donde nada tiene que hacer. Una de las más hondas funciones de la filosofía, consiste en emanciparnos del sentido común. Filosofía que apele al sentido común no es más que prejuicios sistemáticos.

Y no es que crea que el sentido común es uno de los más raros, no. Aunque las paradojas me atraen, siempre he repelido esa de que el sentido común sea el más raro, porque casi siempre la he oído de boca de personas que son un abismo de vulgaridad y ramplonería. No; el sentido común es el más común, es el de la mayoría, y es una de las fuentes de más errores.

Porque el sentido común es el que juzga con los medios *comunes* de conocer y ateniéndose á los datos *comunes*. En un país en que un sólo individuo úsase telescopio y



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

microscopio. condenarían los demás no pocas de sus afirmaciones, á nombre del sentido común, que es el que juzga á simple vista. Y si algo sirve de contrapeso al sentido común, es el respeto á la autoridad. Por ciega fé en la autoridad, creen los más de nuestros bachilleres que es la tierra la que gira en torno del sol, porque el sentido común les dice otra cosa, y no conocen la prueba de lo contrario. Por fé en la autoridad aceptamos no pocas afirmaciones científicas, paradógicas desde luego; es decir, reñidas con lo que el sentido común nos enseña.

Los mantenedores del sentido común como criterio de investigación filosófica, nos hablan del consentimiento unánime de *todos* los pueblos y *todos* los tiempos en pro de tal ó cual principio, y aunque hubiese algo en que hayan estado conforme *todos* los pueblos en *todos* los tiempos (lo cual es más que discutible) eso sólo probaría que había una razón para tal unanimidad; pero no que el principio afirmado fuese verdadero. Porque la razón de esa unanimidad, podía ser (y de hecho suele serlo) una ilusión natural, radicante en la constitución misma de la mente humana, como lo es la de creer que el sol sale y se pone.

Lo primero que hace falta al entrar en el santuario de la ciencia, es atar al sentido común y tenerle bien sujeto, y hasta me atrevo á afirmar que es mejor dejarle á la puerta, porque en ese santuario no tiene más que hacer que los perros en misa. Allí obra la inteligencia y el sentido individual y propio; pero no el común.

El sentido común es bueno, excelente, insustituible; pero es para la vida común, para el tráfico de todos los días. En filosofía no ha hecho más que estragos, porque le han metido en ella los pobres diablos que creen que no se puede castigar á nadie si antes no ponemos en claro si hay ó no libre albedrío, ni cabe digerir si no conocemos los procesos digestivos. Son los que presuponen tácitamente que las cosas dependen de la explicación que de ellas damos, los que á cada paso nos sacan con el estribillo de las *funestas consecuencias* del panteísmo, ó del darwinismo, ó de cualquier otra doctrina.

El pesado lastre del sentido común, pejar de las mayorías, es el que impide á no pocos comprender lo que es la especulación pura, el puro saber, el saber por saber, la verdad por la verdad misma. El instinto de vida se cruza en el camino del instinto del conocer.

El sentido común elevado á criterio de



verdad filosófica es el que hace todos los doctrinarios y todos los dogmáticos; el estúpido sentido común es el que no comprendió que el portentoso Hegel identificara el ser puro con la pura nada, y no comprendiéndolo, dijo que negaba el filósofo el principio de contradicción, necedad que repitió un personaje que ha pasado y pasa aquí por filósofo.

El sentido común, que dispone de la contabilidad de la lavandera, fué el que viniéndonos con lo de que una centena está constituida con cien unidades, se metió á resolver eso del siglo, sin estudiar historia ni enterarse de como se han computado fechas ni de que quieren decir las cifras con que señalamos á nuestros años (que no son ordinales á partir del año de gracia) y ese mismo sentido común llamaba irónicamente *sabios* (palabra, en verdad, muy fea) á quienes le decían que inquiriese datos.

El sentido común es, lo que he dicho, el pegujar de las mayorías, y siempre que en el mundo se ha descubierto alguna verdad ha sido uno contra todos. Las verdades fecundas pertenecan á las minorías; la mayoría no posee más que la verdad cristalizada, hecho hábito automático, muerta. Prefiero siempre las paradojas á las verdades llamadas de sentido común.

Cada cual vale por lo que de sentido propio tenga; su sentido común no hace más que sujetarle al rebaño.

Decía un amigo mío, pesimista á todo trapo, que jamás se cumple la justicia, pues to que hasta cuando se hace algo justo, es *á pesar* de serlo. Sin aceptar esta paradoja en esta forma, pues habría que corregirla diciendo que se hace lo justo por otra razón distinta de que lo sea, me atrevo á decir que cuando algún principio de sentido común sea verdad, lo será *á pesar* de ser de sentido común, pues no es éste quien le hace verdadero.

Odio con toda mi alma al sentido común, porque en vez de mantenerse en su terreno, invade el que le está vedado.

Miguel de Unamuno

